

JOSUÉ

12 CLAVES

PARA UN LIDERAZGO

ESTRATÉGICO Y SOBRESALIENTE

RUBÉN FERNÁNDEZ
ELÍAS BETANZOS

Editorial CLIE 
www.clie.es

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2023 por Rubén Fernández y Elías Betanzos

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)».

© 2023 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

JOSUÉ

12 claves para un liderazgo estratégico y sobresaliente

ISBN: 978-84-19055-42-2

Depósito Legal: B 7370-2023

Vida cristiana

Liderazgo y mentoría

REL108030

Impreso en Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

Acerca de los autores

Rubén Fernández

Es misionero global en la Iglesia del Nazareno. Por los últimos veintiocho años ha sido rector del Seminario Nazareno de las Américas (SENDAS) —institución teológica de posgrado de la Iglesia del Nazareno. Fungió también como Coordinador Regional de Educación y Desarrollo Pastoral para Mesoamérica, supervisando ocho instituciones de educación superior que sirven a 32 países y que cuentan con más de 5 000 estudiantes. El Dr. Fernández ha servido como pastor, superintendente de distrito, director de la misión, miembro del Comité Global de Estudio de los Artículos de Fe, miembro del Comité Consultivo Internacional del Curso de Estudios para Ordenación, miembro de la Junta Internacional de Educación y consultor de la Junta General de la Iglesia del Nazareno, entre otra funciones. Ha escrito dos libros y ha contribuido con artículos en publicaciones tanto en español como en inglés. El Dr. Fernández ha sido conferencista en cinco continentes, y como profesor se especializa en los temas relacionados con liderazgo y administración de la iglesia.

El Dr. Fernández tiene un bachillerato en Ministerio Cristiano del Seminario Nazareno Sudamericano en Argentina (su país de origen), un bachillerato en Teología de la Universidad Nazarena en Costa Rica, una licenciatura en Administración de Recursos Eclesiásticos de la Universidad Evangélica de las Américas en Costa Rica, una maestría en Ciencias de la Religión con Mención en Misiología de la Universidad Evangélica de las Américas, en Costa Rica, un doctorado en Ministerio del Nazareno Theological Seminary en Kansas City, Missouri, EE. UU. y un doctorado en Teología (ThD)

con énfasis en Eclesiología de la Universidad Evangélica de las Américas de Costa Rica. Su esposa, la Dra. Mónica Mastronardi es también una ministra ordenada en la Iglesia del Nazareno, autora y editora. Los Fernández viven en San José, Costa Rica, y tienen dos hijos y cuatro nietos.

Elías Betanzos

El pastor Elías Betanzos es un presbítero de la Iglesia del Nazareno, mexicano de nacimiento y contador público de profesión. Adicionalmente, estudió una licenciatura en Teología en el Seminario Nazareno Mexicano, con estudios superiores de posgrado en Psicología, además de obtener dos diplomados del Instituto Tecnológico de Monterrey en Mercadotecnia y Alta Dirección y un diplomado en Desarrollo Institucional por la Universidad de Indiana. A nivel de maestría también tiene estudios teológicos.

El reverendo Betanzos tiene un espíritu emprendedor con dones de predicación y liderazgo, ha ministrado en iglesias del Distrito Federal y Chiapas, pero hace cerca de 30 años aceptó el reto de iniciar el CAP (Centro de Alabanza y Proclamación) con solo 12 personas, el cual, actualmente, es una iglesia que junto con sus congregaciones satélites ministra alrededor de 7 000 personas. Adicionalmente, el pastor Elías Betanzos fue electo como superintendente (o supervisor) en el distrito Oaxaca Norponiente en México, hace ocho años. Recibió 14 iglesias y menos de 3 000 personas en la lista de membresía. En la actualidad, el distrito cuenta con 60 congregaciones y más de 12 000 miembros.

Hay algunas pautas para este crecimiento exponencial que tienen que ver con principios de liderazgo totalmente transferibles, algunos de los cuales se exponen en este libro.

El pastor Betanzos graba diariamente Cita con Dios, un microprograma que se comparte por WhatsApp a más de 40 000 personas.

Además de pastorear el CAP, el pastor Elías es director general de la organización Manos de Ayuda A. C., una asociación que presta ayuda médica y social a personas de escasos recursos económicos.

Junto al Dr. Rubén Fernández lleva adelante la Iniciativa Bernabé, un proyecto internacional de capacitación de pastores y líderes congregacionales proactivos y reproducibles.

Con su esposa Mabel, actualmente viven en la Ciudad de Oaxaca y tienen tres hijos: Jocabed, Abigail y Elías.

Dedicatorias

Para mi hermano, Dr. Carlos Hugo Fernández,
líder estratégico y sobresaliente.

Rubén Fernández

Para mi hermano Nahum Betanzos Luis,
a quien extraño cada día,
un hombre de fe inquebrantable,
apasionado de su familia y siervo de Dios.

Elías Betanzos

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción: Josué, un líder superior.	15
1. Aprendiz sucesor: para tener autoridad estuvo bajo autoridad.	17
2. Asumir su papel: conquistó su destino.	23
3. Llamado por Dios: comisionado directamente por el Señor.	31
4. Planificar para el éxito: alcanzar un futuro mejor.	35
5. Escritural: guardaba todas las ordenanzas que Dios le había comunicado a Moisés y demandó lo mismo a la siguiente generación.	41
6. Creerle a Dios: optimista a ultranza en medio de la negatividad.	45
7. Esfuerzo y valor: cruzó el Jordán con todo el pueblo, y con decisión conquistó Jericó.	49
8. Memoria: recordó al pueblo todas las bendiciones del Señor.	55
9. El líder falible: los errores de Josué.	59
10. Ser consistente: fidelidad y lealtad inquebrantables.	67
11. Esfuerzo adicional: el valor agregado de los líderes de alta influencia.	75
12. Renovación del pacto: el legado de Josué para su generación.	83
Bibliografía citada y sugerida	89

Prólogo

Corren tiempos nuevos para la sociedad y el mundo. La pandemia, ese monstruo que no conocíamos, ha llegado para desordenar nuestras rutinas y perturbar “la normalidad” de nuestras vidas. Se nos anuncia una “nueva normalidad” que aún no vislumbramos cómo será. El confinamiento obligatorio, el distanciamiento físico, el cambio en las modalidades de educación y de trabajo, así como el uso masivo de las plataformas de comunicación virtual, por mencionar solo unos pocos cambios, nos avisan que nos esperan nuevas maneras de ser, actuar, crear y relacionarnos.

Las iglesias, desde las más antiguas hasta las más nuevas, la de raigambre denominacional como las llamadas postdenominacionales, las evangélicas y por igual la católica, entrevén ese impacto, pero no adivinan los cambios que esa nueva “anormalidad” requerirán en su manera de ser y de actuar ante el nuevo mundo. De oídas están oyendo lo que se aproxima, pero aún sus ojos no lo ven, para parafrasear el viejo texto del libro de Job. Pero sea como sea, uno de los ámbitos que requerirá hondas transformaciones será el liderazgo.

En las últimas décadas, el ejercicio del liderazgo eclesial experimentó un sinnúmero de cambios. Hace muchos años, el liderazgo pastoral giraba alrededor de una persona que, aunque conocía la doctrina y sabía el arte de cómo enseñarla, no era diestro en las técnicas modernas de la gestión

de proyectos, del levantamiento de fondos, de la administración financiera y de la gerencia pastoral. Era pastor y eso bastaba para ser líder. Pero hoy, después del gran crecimiento numérico de muchas congregaciones y la incursión de sus líderes en los debates electorales de sus países, esa figura pastoral mutó hacia un liderazgo entrenado en las ciencias administrativas, hábil en el uso de los medios de comunicación y deseoso de incursionar en las instancias de poder político.

Este nuevo perfil de liderazgo se ha erigido, en gran manera, con marcos procedentes de la empresa privada y el mundo corporativo. Sus líderes lo saben; las iglesias también, y argumentan que han prestado estos modelos con la buena intención de que la obra del Señor crezca y el Reino de Dios sea proclamado. Nadie niega que ese propósito no haya sido sincero y honesto pero, la verdad es que, en el uso, a veces desmedido de esos patrones empresariales, hay iglesias que se han convertido en grandiosos proyectos comerciales y sus pastores en notables figuras gerenciales. El riesgo no hay ni qué mencionarlo porque lo sabemos: cambiar lo que otrora fue una aspiración ministerial en un proyecto comercial. Siempre es un riesgo cuando los fines no van acompañados de los medios afines.

Por todo lo anterior es que se hace perentorio examinar los actuales modelos de liderazgo cristiano, sobre todo saber de dónde surgen y cuán cercanos están a los valores del Evangelio del Reino. En otras palabras, la renovación del liderazgo cristiano reclama un regreso a sus fuentes bíblicas, a su raigambre espiritual y, sobre todo, al ejemplo y modelo de Jesús de Nazaret, “el que afirma que permanece en él debe vivir como él vivió” (1 Juan 2:6). Al fin y al cabo, es Jesús nuestro modelo de vida, antes de Steve Jobs, Mark Zuckerberg, Bill Gates u otro de los nuevos *gurús* del emprendimiento y del éxito.

Pues bien, el libro que tengo el honor de prologar, escrito por los pastores Dr. Rubén Fernández (Argentina) y Dr. Elías Betanzos (México), viene a llenar uno de los vacíos ya descritos: el de hurgar en las Escrituras (como el buscador de tesoros de Mateo 13:52) lo que ella tiene para conarnos acerca del ejercicio del liderazgo, los desmanes del poder y los valores que deben guiarnos cuando administramos, dirigimos, coordinamos o cumplimos una de las tantas labores asociadas con el liderazgo. Los dos

autores, nos conducen de su mano hasta el siglo XIII a.C. para presentarnos a un líder emblemático en el Primer Testamento, Josué, hijo de Nun y ayudante de Moisés (Josué 1:1).

Cada uno de los capítulos examina en detalle el perfil de Josué como líder, pero sin quedarse en aquellos siglos de la escabrosa conquista militar, tan llena de violencias inconcebibles para nuestro siglo. Nuestros dos autores, con suma sensibilidad pastoral se preguntan por las lecciones para el ministerio de nuestros días. Y así, consideran temas vitales para el liderazgo cristiano, como el llamamiento del Señor, la importancia de encarar el futuro con fe, la fidelidad a las Escrituras, la confianza en las promesas de Dios, la actitud persistente aun cuando las circunstancias son difíciles, el valor de la memoria esperanzadora, la realidad de nuestra fragilidad humana y el legado para las generaciones venideras, entre otros temas, todos por igual iluminadores y desafiantes.

Los doctores Fernández y Betanzos nos regalan en este libro no solo esos destellos bíblicos a partir del personaje histórico, sino también lecciones que vienen de su propia experiencia como pastores, docentes, directivos eclesiales y padres y esposos. Quizá esto valga destacarlo más: es un libro que no pretende extraer lecciones bíblicas dejando que el personaje histórico se haga responsable de todas las lecciones. Como si se dijera: ¡ahí está Josué, que responda él! No, los escritores han puesto la cara para decirnos de qué manera sus experiencias ministeriales avalan las lecciones y las enriquecen.

¿Qué más puedo agregar? Algo para quienes tendrán el gusto de leer el libro: ábralo junto con el libro de Josué. Piensen en sus vidas de hoy a la luz de las experiencias que vivió el líder ayer. Mediten en lo que sugieren los autores y pídanle al Señor la actitud de Josué cuando escuchó el mensaje del Señor:

“Entonces Josué se postró rostro en tierra y le preguntó:

—¿Qué órdenes trae usted, mi Señor, para este siervo suyo?

El comandante del ejército del Señor le contestó:

—Quítate las sandalias de los pies, porque el lugar que pisas es sagrado.

Y Josué le obedeció”.

Obedecer la voz de Dios fue el secreto de liderazgo de Josué, así lo demuestran los autores. Y debe ser el nuestro también.

Harold Segura
Director del Departamento de Fe y Desarrollo de *World Vision*
para América Latina.

Introducción: Josué, un líder superior

Josué fue un líder destacado, no solamente en la narrativa del Antiguo Testamento, sino que también sobresale en toda la Escritura. De hecho, las acciones que llevó a cabo en su liderazgo fueron decisivas para el resto de la historia de Israel.

Curiosamente, al leer la Palabra a veces nos entristece observar que muchos de los personajes célebres del Antiguo Testamento —de los que predicamos y enseñamos— en algún momento de su trayectoria fallaron, equivocaron el camino. En algunos casos fueron faltas leves, pero en otros casos tuvieron consecuencias serias. Abraham mintió, José acusó en falso, Moisés desobedeció, Jonás se acobardó, Elías se deprimió, David adulteró, y la lista sigue.

Sin embargo, no encontramos en la narrativa de la historia de Josué nada parecido. Desde que fue enviado como un joven espía a Jericó, hasta que en su ancianidad ofrece su discurso de despedida al pueblo, Josué se mantuvo fiel, desarrollando un liderazgo intachable. Por supuesto, Josué se equivocó —como bien analiza el pastor Betanzos en el capítulo 9. No existe el líder libre de errores.

El nombre Josué significa “El Señor salva” o “El Señor da la victoria”. Es el equivalente hebreo al término griego de Jesús. Se calcula que

tenía ochenta y cuatro años cuando cruzó finalmente el río e introdujo al pueblo en la tierra prometida. Ocupó y consolidó la región de Canaán y repartió las tierras entre las tribus de Israel. Fue un líder único para el tiempo histórico en que le tocó vivir.

Aunque obviamente ningún líder que haya vivido en esta tierra puede compararse con Jesús, el más grande de todos por mucha distancia, es bueno estudiar siervos y siervas del Señor que hicieron una diferencia en su generación al mantenerse firmes en sus valores y misión. Este es el caso de Josué. De hecho, como ya mencionamos, las acciones realizadas bajo su liderazgo fueron determinantes para todo el resto de la historia del pueblo de Dios.

Repasemos brevemente la vida de Josué y descubramos juntos 12 claves de su éxito. Estos principios están todavía vigentes y pueden ayudarnos hoy, independientemente de cuál sea nuestro ministerio en la iglesia.

1. Aprendiz sucesor: para tener autoridad estuvo bajo autoridad

*Y se levantó Moisés con Josué su servidor,
y Moisés subió al monte de Dios.*

ÉXODO 24:13

Es importante que entendamos bien la autoridad, y para entender la autoridad debemos entender al poder:

Poder: es la facultad interna o externa que nos permite mandar o ejecutar una cosa. Ahora bien, existen varias clases de poder, entre ellas:

Linaje o prestigio: Por haber nacido con un apellido ilustre y vivir entre cierta élite social.

Poder económico: el poder que da el dinero. Muchas veces el dinero se hereda de los padres, pero otras veces hay una generación que hace el dinero y eso da poder.

Poder por reconocimiento o fama: héroes de guerra, personajes famosos adquieren poder por lo que hicieron (ganar una batalla clave o filmar muchas películas o ser deportistas muy conocidos).

Poder de experto: por tener pericia, destreza, experticia en su campo.

Poderes de dominio (de recompensa y coercitivo): el patrono de una empresa ejerce poder de dominio sobre sus empleados. Por ejemplo, los premia con un bono extra a su salario si llegan todo el mes temprano, o se los quita si no lo hacen.

Ahora, si hablamos de **autoridad**, es el derecho de ejercer poder y el ejercicio mismo de ese poder. Y existen dos clases de autoridad: la formal y la auténtica.

A la *autoridad formal* normalmente se la asocia con la institucionalidad. La autoridad “formal” es sinónimo de lo que John Maxwell (1996) llama liderazgo por posición (p. 26). El nivel **posición** es el que ocupamos al asumir el liderazgo en cualquier empresa, aula de clase o ministerio. Usted es líder porque resultó electo en una asamblea, lo escogió una junta directiva o lo contrató un líder superior.

Esto le permitirá tener un cartel en la puerta de su oficina que indica su cargo, y le dará poder para tomar decisiones dentro de su esfera de acción. Sin embargo, en esta etapa, su influencia será ínfima. Estará limitada a su descripción de trabajo. Las personas no se esforzarán por hacer más de lo que se les ha requerido.

Hace ya varios años se publicó una encuesta hecha a más de 200 líderes cristianos en 22 países de nuestro continente. Lamentablemente, ante la pregunta: ¿cuáles son las fortalezas del liderazgo actual? el último lugar lo ocupó la autoridad (Solís, 1996, p. 3).

Sí. Hay una crisis de autoridad, pero de una autoridad auténtica.

Es interesante ver como en el campo de la ciencia administrativa hay toda una nueva visión en cuanto a lo que a gestión del personal se refiere. Quienes desarrollamos labores administrativas en empresas hace más de treinta años, vemos el notable contraste entre la manera en que se manejaban aquellas y la nueva concepción del liderazgo empresarial, que no es ni más ni menos que la vuelta al principio bíblico del servicio.

Fredy Chapuis, señala que: “Todo directivo, debido a su posición jerárquica y a su función, está investido de una parcela de autoridad formal. Esta representa los “poderes” que posee y que le dan derecho a decidir, mandar, premiar o sancionar en una determinada área de la organización”. Hoy en día, los poderes formales no bastan a los directivos para cumplir su misión; deben poseer, además, las cualidades básicas de la *autoridad auténtica*, la que logra la adhesión; inspira el respeto espontáneo; arrastra la subordinación sin violencia, la disciplina voluntaria; crea la confianza y la buena voluntad. Puede ser definida, pues, como el don de imponerse a los demás de forma natural (Chapuis (s/f) citado en Soriano, 1996, p. 46).

Claudio Soriano (1996, pp. 26-27) agrega que: “la autoridad formal se origina en la posición jerárquica que ocupa la persona (poderes, título, función) y en el apoyo recibido de los superiores... La autoridad auténtica, por su parte, se origina en la personalidad... el respeto que se inspira y la capacidad para servir como ejemplo”.

La autoridad auténtica del líder espiritual viene de Dios. Ahora bien, muchas veces poseemos también la autoridad formal, es decir, tenemos un cargo o posición que nos confiere poder. Sin embargo, permíteme darte un consejo: cuanto menos usas tu poder más crece tu autoridad. Cuando gastas (o desgastas) tu poder, al mismo tiempo decrece tu autoridad. Por eso debes estar seguro de cuándo es estrictamente necesario usar tu poder, y hacerlo. Como dice el viejo dicho: “escoge las batallas que vas a pelear”.

El pastor ejerce su autoridad cuando una oveja se sale del camino. Para eso tiene el cayado, para atraerla otra vez a la ruta correcta. Sin embargo, esa es la excepción, y no la regla.

Jesús tenía autoridad interior. Recordamos que no se nos dice que tuviese una apariencia física impresionante, sabemos que no poseía riquezas, ni ocupaba un lugar prominente desde el punto de vista social, ni tenía categoría. John Stott nos dice además que Jesús tampoco tenía estudios formales como Rabino (Stott, 1994, p. 108). No era una persona que tuviese éxito a juzgar por la opinión del mundo, pero a pesar de ello se ganó el respeto de la gente y ejerció una poderosa influencia sobre ella en virtud de su autoridad. Después de escribir el sermón del monte, Mateo nos dice que Jesús: “... enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mateo 7:29).

Finalmente diremos, junto a Tom Marshall, que en el mundo en que vivimos, “el liderazgo y el estatus van mano a mano”. El estatus alimenta el orgullo, nutre la vanidad y el amor propio, tiende a acentuar el lado dañino del poder; nos hace creer que pertenecemos a alguna rara y selecta clase superior (Marshall, 1998, p. 95).

En Juan 13:12-15 nos dice lo siguiente:

¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis maestro y Señor y está bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os lavé los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

Los discípulos no querían lavarse los pies entre ellos, no porque fuera un trabajo sucio, sino porque era un trabajo servil, una tarea baja en estatus, el trabajo de un esclavo.

Cuando trabajaba en un banco privado hace muchos años en Argentina, era fácil identificar quien era el dueño de la empresa por sus notorios símbolos de *status*. Su oficina era la más grande y lujosa y obviamente estaba en el último piso del edificio central (encima de todos nosotros, los empleados), su secretaria tenía secretaria, entre otras ostentaciones.

Jesús no negó ni mucho menos abdicó a su autoridad. Jesús tenía claro que era líder y se los dice; pero él les había lavado los pies. Al hacerlo, les estaba demostrando su rechazo al síndrome del *status*.

Hace unos años, esperando para tomar un avión, junto a mí estaba un premio Nobel, figura pública muy famosa. Me sorprendió un poco verlo hacer humildemente la fila para ser chequeado con el resto de las personas. El oficial de seguridad al identificarlo abrió una nueva línea como cortesía y lo invitó a pasar adelante, a lo que él aceptó discretamente. Diciendo esto, estoy tratando de evitar que se me malinterprete. Cuestiones de muestras de respeto por la autoridad y normas de etiqueta básicas, no necesariamente son símbolos de estatus que debemos rechazar sistemáticamente. A veces sí será necesario hacerlo. Lo más importante es nuestra actitud interna hacia esas expresiones.

Regresando a nuestro líder en estudio, debemos recordar que Josué fue amigo, pero también siervo, discípulo y sucesor de Moisés. Tenía algo más de 40 años en la época del Éxodo, cuando Moisés lo eligió como su ayudante personal, y le dio el mando de un destacamento para rechazar

a los amalecitas (Éxodo 17:9). Mientras Moisés estaba solo con el Señor en el monte Sinaí, Josué hacía guardia. Cuidó fielmente el tabernáculo de Dios en su traslado por el desierto, y nunca se contaminó con el pecado del pueblo cuando se hizo un becerro de oro para adorarlo.

En resumen, para tener autoridad, debo estar bajo autoridad. Esto es algo básico en el arte del liderazgo. Sin un Josué, el trabajo de Moisés hubiera quedado incompleto. Pero ¿cuál fue el secreto? Josué estuvo no unos días o semanas, sino años bajo el liderazgo de Moisés, estando sujeto a él, observando, obedeciendo, aprendiendo y eso, justamente, le dio autoridad para llegar a ser quien fue.